





La Toma de Ciudad Juárez

José Manuel García¹

¹ New Mexico State University. Profesor-investigador.
Correo de contacto: jmgarcia@nmsu.edu

Fecha de recepción: 24 de marzo de 2011
Fecha de aceptación: 24 de agosto de 2011

Idea general que sirve de introducción y que he titulado: «Es tan deseada que matan y mueren por ella»

La ciudad Paso del Norte / Ciudad Juárez ha sido:

- Refugio de aventureros y chichimecas que huían de la Corona Virreinal (Siglo XVI).
- Cabeza de Playa para el «poblamiento» del septentrión por Oñate (1598).
- Misión para contener la «herejía» de los indios (1659).
- Zona de guerra entre indios rebeldes y soldados de la Corona (1684).
- Refugio de los derrotados de la Gran Rebelión de las 10 naciones indias (1680).
- Presidio para las guerras intermitentes contra los comanches y los apaches (a partir de 1766).
- Almacén situado a 9 días de las ciudades principales: Chihuahua y Santa Fe (siglo XIX).
- Refugio y frontera final en la derrota de la guerra contra Estados Unidos (1848).
- Refugio del gobierno de Benito Juárez en su huida de los franceses (1864-65).
- Puerto y cruces de ferrocarriles entre México y Estados Unidos (1884).
- Ciudad abierta para el triunfo de maderista (1911).
- Centro del exilio de escritores, revolucionarios y reaccionarios (1910-1925).
- Corazón herido por la Guerra Sucia contra los muchachos guerrilleros (1973-1980).
- Experimento del bipartidismo mexicano (1983-).
- Feminicidio globalizado (1990-).
- Plaza peleada por el Estado y los narcos (a partir del 2008).

Orden al caos

Ante la larga historia de ataques e invasiones a Ciudad Juárez, el historiador Francisco R. Almada se propuso concentrarse en los ataques militares a la ciudad, dividiéndolos en tres grupos:

- (a) «Ocupaciones»;
- (b) «Asaltos», y
- (c) «**Tomas**» propiamente dichas.

Es una clasificación que no explica pero ayuda. Así, tenemos:

- (a) Una ocupación, que es, por ejemplo, la realizada por Villa el 15 de noviembre de 1913, cuando el Centauro captura la guarnición de la plaza sin disparos ni contratiempos. Bastaron los gritos incendiarios de «¡Viva Villa...!», para dejar sin voluntad de resistencia a los soldados del cuartel. El general huertista Francisco Castro huyó vestido de civil a El Paso, Texas. Y Villa *ocupó* la ciudad.
- (b) Un asalto, que es, en cambio, el que Pancho Villa realizó los días 14 y 15 de junio de 1919, cuando llega a Ciudad Juárez y se enfrenta al ejército norteamericano. Los gringos vencen y la ocupación villista fracasa; su fracaso se convierte en «asalto», intentona.
- (c) Una toma, que es para Almada, lo ocurrido en Ciudad Juárez del 8 al 10 de mayo de 1911; cuando las fuerzas maderistas capturan después de varias batallas la plaza de la ciudad. Este evento es como ya sabemos, el más despreciado por la historia oficial y el momento culminante del movimiento maderista.
- (d) Por nuestra parte, el asalto norteamericano del 15 de junio de 1919 fue, sin duda, una *invasión*. La figura mayor de un agravio nacional. Almada, historiador meticuloso, omite este dato.

De todas las tomas, la toma del once

Falta el investigador que enumere, analice y explique (al menos), los principales ataques a Ciudad Juárez. Por lo pronto, hablemos aquí de una de las tomas, la principal, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución mexicana: La toma de 1911.

Gracias a esta toma, Madero tuvo el poder militar real para negociar con Díaz. El exilio del viejo dictador fue el efecto inmediato de la toma de la ciudad fronteriza.

La revolución no se inició en noviembre de 1910 si no en mayo de 1911.

Testimonios

No soy historiador, pero conozco de la toma de 1911, 16 testimonios. Los enumero:

- (a) Los testimonios de *periodistas*: el cronista Gonzalo G. Rivero, el moralista-orozquista T.F. Serrano; el satírico Tomothy G. Turner, y el junta- artículos Alberto Heredia.
- (b) Los testimonios de *civiles*: el patético reporte de Roque Estrada; las autojustificaciones del Dr. Francisco Vázquez Gómez; la ingenuidad del Dr. Ira Bush; y la inseguridad reflexiva de Madero.
- (c) Los testimonios *militares*: el breve y obligado informe del general Navarro; la frustración crítica del capitán Rafael Aguilar; las sobrias descripciones de Ruiz Llamas; la egolatría militar de Villa (a través de la pluma de Martín Luis Guzmán y de Nellie Campobello) y de Guiseppe Garibaldi; la sencillez extrema de Máximo Castillo, de Heliodoro Olea Arias, y de Marcelo Caraveo.
- (d) Independientes al grupo de los testigos presenciales, aunque cercanos cronológicamente a la revolución están los *cronistas e historiadores locales*: Francisco R. Almada, Armando B. Chávez, Benjamín Herrera Vargas y otros.

Coincidencias y diferencias

Los testimonios parecen coincidir en tres puntos esenciales: las tensiones internas entre los rebeldes, los errores de algunos de los jefes militares y las indecisiones de Madero.

Las diferencias, por otra parte, se marcan en los detalles de las batallas, y el protagonismo de los militares. Cada versión se afirma en perspectivas e intereses. Así, hay diferencias en las causas aparentes del inicio del ataque, las horas en que se dan las batallas, la forma en que mueren algunos protagonistas (Tamborrel, por ejemplo), la actuación de Orozco y de Villa, el enfrentamiento final y el protagonismo que alude al momento en que se rinde el general Navarro (¿a quién se rinde?).

La diferencia está en el detalle, no en el marco general de los acontecimientos.

Los periodistas

Los principales son cuatro: Gonzalo G. Rivero, T. F. Serrano, Tomothy G. Turner y Alberto Heredia.

Gonzalo G. Rivero es un periodista impresionista; llegó a Ciudad Juárez a «fotografiar con sus palabras» los destrozos de la revolución. Su estado de ánimo, su pesimismo, lo proyectaba a un ambiente que ya de por sí no necesitaba el maquillaje espiritual de un escepticismo reporteril al servicio del didactismo civilizador: la destrucción de Juárez fue generada por hombres extraordinarios pero decepcionantes; en todo caso, verdaderos polvorines emocionales que aprendieron a ocultar su peligrosidad.

Gonzalo G. Rivero (1911) dice del «endiosado» jefe Pascual Orozco:

Nótese en este hombre, cuyo aspecto nada tiene de atractivo ni de simpático, una pose forzada que ha de causarle gran cansancio al conservar. La mirada es vaga, un poco cobarde, distanciándose de la del interlocutor, continuamente con desvío, como incapaz del menor esfuerzo de

atención. Los ojos azulados y sin brillo, no refractan, ni nada envuelven, como no sea cierta expresión de cansancio que *está muy lejos de ser la supuesta energía que el vulgo, en su disparatado afán de endiosar a algo o a alguien, le atribuye*. Terminemos el retrato, diciendo que la mandíbula es lombrosiana, los músculos realmente poderosos, la dentadura sucia y mal cuidada, labio pálido y exangüe, y el aire completamente ordinario, sin nada que lo dulcifique, ni atenúe el mal efecto que a primera vista, en conjunto produce. Tal nos resultó el héroe visto de cerca.

Lo importante es plasmar su propio estado de ánimo en lo que observa, así, Gonzalo G. Rivero va enumerando la suma de los escombros, haciéndonos sentir, al mismo tiempo, su propia desesperanza: “Te diré, lector, que todo de cuanto más bello hubo en Ciudad Juárez, yace, ¡oh, dolor!, convertido en ahumada reunión de inseguros paredones. En cambio, mantiénonse sanas y salvas las tristes casas de adobes, que al confundirse con la tierra, sugieren la extraña idea de *un pueblo de trogloditas*”. No olvida el cliché retórico («¡Oh, dolor!») y el contraste emocional entre la barbarie que ahora es y la civilización que, supone, fue: “la Biblioteca, el Correo, casas céntricas de comercio, todo fue pasto de las llamas y del saqueo, porque saqueo, y robo, hubo, aunque se diga lo contrario, y es menester desconocer la guerra, para sostener ingenuamente que *la fiera embriagada de sangre, se humanice en plena borrachera*”, el tono es antimilitar. No viene a mitificar un acto de destrucción. Nada de épico tiene el panorama que se abre ante sus ojos.

Gonzalo G. Rivero describe también a Madero y al general Navarro. Se da tiempo de entrevistar a las enfermeras del hospital local y al capitán González que le da pormenores de la batalla perdida. La descripción cuadra por cuadra corre por su cuenta:

¡Al fin, Ciudad Juárez!

Ya estamos en ella y no vacilo, lector, en titularla «ciudad muerta», bajo la tétrica impresión de la primer ojeada. Apenas cruzando el puente internacional, aparecen a nuestra vista las siniestras huellas del horror, del estrago, del incendio, bajo un sol calcinante que parece también

querer quemarlo todo.

A nuestra derecha, y a unos cien metros escasos de la plaza de toros, ostenta su acribillada fachada, a elegante residencia del señor Ing. Francisco Portillo, ex-jefe Político de Juárez, ausente cuando el asalto.

En ella, si se atiende al número de balazos de fusil y de obús, debió ser en carnizadísimo el combate, ultimado por el incendio que lo consumió todo. Fue el principal blanco, la citada casa, de los 150 revolucionarios que por sorpresa, desde la Plaza de Toros, preludiaron el combate, demostrando al resto de sus compañeros, la posibilidad del asalto a la anhelada Ciudad de sus ensueños conquistadores.

T. F. Serrano (1911), por su parte, prefiere narrar la toma de Ciudad Juárez, desde la vecina ciudad de El Paso, se entera por otros de las escaramuzas, por otros sabe de las diversas maniobras políticas y militares que anteceden la toma. Su mirada sólo cubre un par de calles de la ciudad vecina:

Febrero 1911.

Los soldados del ejército americano están haciendo guardia; hay una multitud de gente a todo lo largo del río en el lado de acá y en la entrada de los puentes.

Ciudad Juárez visto desde este lado presenta el aspecto de un cementerio. Todo solo: todos los comercios cerrados, la gente viniéndose a El Paso donde están llenos los hoteles. Familias y empleados emigran como el administrador de Correos y otros empleados que desde el miércoles están de este lado. Encima de la iglesia de Ciudad Juárez se divisa un grupo que debe ser de soldados. Más allá de la ciudad, rumbo al sur, otro grupo se descubre -se nos antojan federales- custodiando algunas piezas de artillería.

Es el testigo literalmente de «oídas». Escucha una detonación y supone una serie de imágenes que va anotando en su vieja máquina de escribir. Desde la redacción en El Paso, divisa una calle, oye las voces de los rebeldes: “Son las dos de la tarde del lunes, 8 de mayo, cuando escribimos estas líneas, y desde nuestra redacción se oye un

nutrido fuego de fusilería por la parte occidental de Ciudad Juárez: los insurrectos se aproximaron a las trincheras de los federales que están parapetados en el molino y estos rompen el fuego. Desde las 10 de la mañana empezó el tiroteo han transcurrido cuatro horas y sigue el fuego cada vez más fuerte.” Así va describiendo el día 8, el 9, el 10, día de la toma final: “El día 8 de mayo a las 9 de la mañana comenzó el ataque, y la rendición fue el día 10 a las 12 del día”. “Cuando se abrieron las puertas del cuartel aparecieron en general Navarro rendido, se agolparon sus soldados tirando por el suelo los kepis, correajes, fusiles y uniformes, y por la parte de fuera los insurrectos pidiendo a sus jefes la cabeza de Navarro y de los demás jefes y oficiales. Antes de rendirse Navarro había escrito una misiva que fue contestada por Garibaldi.”

T. F. Serrano es el testigo auricular de la «épica» juarense.

Tomothy G. Turner, por su parte, es un periodista norteamericano que busca el lado anecdótico de la revolución. Sus lectores quieren ser entretenidos por las proezas de los *mexicans* que viven del otro lado del río. ¡Oh, *greasers*, balazos, mucho valientes! (todavía la imagen de Villa y el villismo, es decir, del caudillo y el caudillismo, no nacía).

La revolución: un grupo de hombres más o menos valientes dirigidos por desconocidos.

Lo importante para los lectores de Turner (1912) eran, en todo caso, las divertidas anécdotas que sustituían una explicación racional de la insurgencia. Sin embargo, el periodista tiene una gran capacidad de síntesis y el trazo rápido de momentos disfrutables que «nos llevaban» *directamente* a las batallas, a sus secretos y tácticas ocultas (no sé si esto ocurrió así, lo cierto es que Turner dijo que él estuvo allí):

Oí que alguien me llama, era un rebelde que estaba en una puerta. Lo conocía, era un antiguo maestro de escuela de la capital del estado. Corrí a donde estaba y entré a la casa. Estaba con unos hombres que llevaban hachas y barras de hierro en sus manos, con sus rifles colgando en sus espaldas, entendí lo que estaban haciendo. Iban avanzando casa por casa, a través de las paredes de adobe que dividía las estructuras. Así, uno podía caminar una cuadra entera sin

tener que salir de una casa. Esta era una manera segura de avanzar hacia el centro de la ciudad, con el inconveniente de que uno tenía que correr para cruzar una calle para meterse al siguiente bloque de edificios. La marcha era lenta, pero nadie tenía prisa.

Turner se desplaza por las calles principales, va en medio de las descargas, los gritos, los caballos que huyen sin jinetes. Turner decide sentarse a observar a la interacción humana de los rebeldes:

En la calle una de las bombas federales había explotado en un supermercado chino de la esquina, y tirados en medio de la calle estaban los cadáveres de los chinos, con sus ropas quemadas esto enfureció a los rebeldes. Por primera vez su buen humor había desaparecido. Sabían que estaban ante una guerra inmoral. Como reportero, conocía Juárez desde hacía un año, pero en ese momento no tenía la menor idea en que parte de la ciudad estaba. Todavía hoy no lo sé.

Por largo tiempo me quedé en una de las casas, pues el fuego era muy intenso en las calles. Algunos de los residentes habían sido atrapados en sus casas. Vi a una anciana y un niño, un niño. Los rebeldes los trataban con amabilidad, dándoles un poco de agua, porque no tenía una gota para beber (1912)

Sus anécdotas crecen a medida que Turner parece desplazarse por toda la ciudad (hecho imposible fuera del marco meramente literario). Nos habla de la repartición piadosa de la comida entre los revoltosos, y al mismo tiempo, nos informa de la diversión de los maderistas que festejan sobre los cadáveres de los vencidos: “En una calle había muchas cantinas, al pasar oí la algarabía que salía de esos lugares. Yo pasaba: *¡Qué feliz, que informal guerra, tan llena de sorpresas agradables!*” Turner: turista entusiasta de la revolución.

Alberto Heredia no es más que un recopilador de los artículos publicados en El Paso y Ciudad Juárez. Heredia trata de darle (al menos) un orden cronológico al torbellino (supongo que la palabreja todavía no era cliché) de la revolución. Curiosamente, años después, Benjamín

Herrera Vargas, en su *¡Aquí Chihuahua! Cuna y chispa de a revolución mexicana* (Edición del autor, 1980). Elige una presentación desordenada de los eventos ocurridos los primeros días de mayo de 1911.

Los civiles

De los testimonios civiles, llama la atención el testimonio de Roque Estrada, personaje que llega días después de la toma de la ciudad. Es un arribista que se sabe arribista:

La señora me indica que por la noche estará desocupado un cuarto del frente; el señor Carranza me dice que es el de Sánchez Azcona ¡Ah! Me introduzco en confianza con todo y equipaje. Dentro tropiezo con Onésimo Espinosa, le tiendo la mano, y un pensamiento rápido me asalta: «he aquí uno que viene a plaza conquistada». Pero este pensamiento tornóse de rechazo en contra mía igual podían pensar de mí. (1912)

Estrada echa mano de los diarios que ha leído para darnos «su» versión de la toma de Juárez. Es una retrospectiva que tiene mucho de angustiante: ¿Me dará trabajo el señor Madero? Su preocupación no es dar a conocer la verdad; es afirmar el heroísmo de quien le pague su salario por sus servicios a la revolución. El final de su testimonio no es menos patético que el tono general empleado en su texto:

Salió luego el señor Francisco I. Madero en traje de montar; saludó al señor Malvárez de mano y a mí de caravana y se fue con su Guardia. Malvárez me indicó que había una fiesta ante la estatua de Juárez y me invitó a acompañarle. Rehusé. Partieron luego en automóvil todas las demás personas y nadie se preocupó de invitarme siquiera en galantería, ni al verme solo, si es que se dignaron verme. Fue una fuerte impresión de vergüenza para mí. Y emprendí a pie el largo y terroso trayecto hasta el centro de Ciudad Juárez...

Otro caso similar es el de Francisco Vázquez Gómez. Pero éste se aparta radicalmente del tono de autoconmiseración de Estrada, y prefiere crear un mito de sí mismo: las noches del 8 y 9, él dirigirá por teléfono (¡) la revolución:

Acabo de decir que a cada momento llamaban al teléfono, y es la verdad. Los revolucionarios habían tomado una buena parte de la ciudad, en donde había teléfonos y de allí hablaban al campamento, dando cuenta de los progresos que hacían: unas veces, que habían tomado la plaza de toros y otras, que se las habían quitado, pues esta posición cambió de manos varias veces. En algunas ocasiones avisaban que no había bombas que mucho necesitaban, e invariablemente les contestaba que era Cástulo Herrera el encargado de proporcionarlas, que a él se las pidieran. Así pasé la noche, yo solo, con mis dos compañeros, durmiendo. (1933)

Por contraste, el Doctor Ira Bush, publica su libro no con fines políticos, sino para recordar cómo él participó en el *safari* revolucionario. En su libro *Gringo Doctor* (1939. Caldwell: Caxton Printers), le dedica un par de capítulos a la toma de la ciudad. En esos capítulos Bush va a curar a unos heridos y llega a enfrentarse, como un vaquero del oeste, contra unos federales que quieren cazarlo como a un conejo.

Los militares

En testimonio más conocido es el que el general Juan J. Navarro tuvo que dar. Su lenguaje es conciso y tratando de darle dignidad a sus obvios errores militares. Ejemplo de su reporte:

Las fuerzas que combatían en las posiciones «i», «j», «q» [Mapa Zona «C»: «i: Iglesia» / Mapa Zona «A»: «j: Cárcel pública» / Mapa Zona «C»: «q: Jefatura Política», respectivamente] se concentraron igualmente en esta última posición habiéndose defendido hasta última hora a las inmediatas órdenes del Jefe Político de la población C. Co-

ronel Rafael García Martínez, que combatió con denuedo durante los días del combate. El ataque llevado a cabo por todos los grupos, y auxiliados por nuevas fuerzas era cada momento más tenaz, por nuestra parte los soldados faltos de fuerza física y moral, hacían los últimos esfuerzos de que eran capaces; ante tan tremenda situación, sólo quedaba el sacrificio de mi persona y a las 2:30 p.m. me rendí a discreción para evitar el sacrificio inútil de mi gente (Chávez, 1990: UACJ)

Por su parte, en el testimonio del capitán Rafael Aguilar, los revolucionarios son brazos armados sin capitania. Guerra sin metas, acciones militares sin dignidad ni triunfo. Aguilar es la voz de un mal perdedor. En todo caso, apunta el capitán porfirista, la batalla la perdieron los federales no por la fuera de los rebeldes, sino por la incapacidad de Navarro: “La caída de Ciudad Juárez no puede considerarse sino como un triunfo moral y material para la revolución; bajo ningún concepto puede ser un triunfo militar”:

Con gran sorpresa se sabe el miércoles 10 a la 1.52, que el general Navarro se ha rendido con su Estado Mayor y 400 soldados, entregando al enemigo el armamento intacto y una enorme cantidad de cartuchos. Apenas puede creerse la noticia de la caída de Juárez, y la única causa que resalta evidente es la ineptitud completa del general Navarro; ahí está como precioso testimonio, el grupo de oficiales, que con lágrimas de sangre; le pedían a su jefe que no se rindiera, que se retiraran 24 horas antes. (Chávez, 1990)

Fuera de estos dos testimonios federales, están los informes de los jefes militares del lado revolucionario. El primero y más completo es el de Guisepppe Garibaldi. Hombre que se dibuja a sí mismo como una figura heroica, noble, valiente, generosa. Su informe es la autocomplacencia de un gentleman de las armas. Es él, no Orozco, el que dirige realmente la toma de la ciudad. Es él y no Orozco el que recibe de manos de Navarro la espada de la rendición. Los revolucionarios, son descritos o como nobles guerreros o como parodias de una aventura

bélica (pienso en la descripción de los tarahumaras que no podían pelear con el uniforme puesto). Garibaldi quiere demostrar que sí había conocedores de la guerra, que éstos sí podían dar partes militares donde se registraba la agudaza de su dirección.

A la par con el testimonio de Garibaldi, está el informe del revolucionario Heliodoro Olea Arias que traza minuto a minuto el evento militar. Los otros testimonios, de Máximo Castillo y de Marcelo Caraveo, apenas sí rinden unas 4 páginas de recuerdos, siempre cargados de un tono de nostalgia y pesimismo.

Por encima de estos testimonios está la memoria de Francisco Villa (serie de anécdotas literarias de su Martín Luis Guzmán). Nos encontramos a un Villa que al triunfo de la revolución, es manipulado por el *ambicioso* Orozco y luego, escarmentado, prefiere retirarse de la bola. Martín Luis Guzmán nos da un Villa ingenuo que después de la batalla se lleva a los soldados de Navarro a comer a El Paso, luego se divierte llevándoles pan a la cárcel y por último recibe una compensación económica de Madero para retirarse en silencio del movimiento armado.

Puntos de vista

Hay dos autores que han contribuido a reordenar cronológicamente aquella «épica militar» del once, uno es el historiador Armando B. Chávez, con su *Ataque y toma de Ciudad Juárez (del 8 al 10 de mayo 1911)*. Publicada en *Entorno* 4, noviembre 1985. Revista de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. Y la del historiador- novelista Pedro Siller que en su obra *1911, la batalla de Ciudad Juárez. La historia* (2003). Ciudad Juárez. Chihuahua: Cuadro por Cuadro, imagen y palabra. Nos da un panorama exacto de los acontecimientos de mayo de 1911.

Por mi parte, he reunido los testimonios arriba mencionados en un libro de próxima aparición: *Ciudad Juárez, 1911 -Versiones de una Toma-* (Doble Hélice Editores y UACJ). ¿Por qué me interesó esto? Porque son testimonios fragmentados desde diversos puntos de vista de un acontecimiento por demás crucial en la historia de nuestro país.

La realidad es fluidez de circunstancias imponderables, series de

acciones que pueden parecerse un caos, una explosión sin antecedentes, pero que al conocer los testimonios, nos dan una orientación (polifónica) de un solo y único acto: la toma de Ciudad Juárez.

Esta ciudad que todos desean poseer.

Bibliografía

- Aguilar, Rafael. (1911). *Madero sin máscara*. México: Imprenta Popular.
- Bush, Ira. (1939). *Gringo Doctor*. Caldwell: Caxton Printers.
- Caraveo, Marcelo. *Memorias del general Marcelo Caraveo. Redactadas en El Paso, Texas, en enero de 1931*. Manuscrito de la biblioteca Daniel Cosío Villegas del Colegio de México. Corresponde a la versión 2 en nuestra compilación. Existe también: Carveo, Marcelo. (1992). *Crónicas de la revolución (1910-1929)*. México: Editorial Trillas. Decidí no utilizar por reiterativo.
- Castillo, Máximo. En Vargas Valdés, Jesús. (2003). *Máximo Castillo y la Revolución en Chihuahua*. Chihuahua: Nueva Vizcaya Ediciones.
- Chávez, Armando B. (noviembre 1985). “Ataque y toma de Ciudad Juárez (del 8 al 10 de mayo 1911)”. *Entorno* 4. Revista de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
- Estrada, Roque. (1912). *De la revolución de Francisco I. Madero. Primera, segunda y tercera etapas, 1911-1912*. Guadalajara: Imprenta Americana. La carta a Orozco fue tomada de la mencionada obra de Roque Estrada.
- G. Rivero, Gonzalo. (1911). *Hacia la verdad, episodios de la revolución*. México. (2004). (Segunda edición). Chihuahua: Biblioteca Chihuahuense. Con fotografías de Samuel Tinoco. (He utilizado la versión original).
- G. Turner, Tomothy. (1935). *Bullets, Bottles, and Gardenias*. Dallas, Texas: South-West Press.
- Garibaldi, Guisepppe. “Memorias de Guisepppe Garibaldi”. En Altamirano, Graziella, Guadalupe Villa. (1988). *Chihuahua, textos de su historia, 1824-1921*: Gobierno del Estado de Chihuahua.
- Heredia, Alberto. (1911). *Ataque y toma de Ciudad Juárez, información tomada de lo más importante de los diarios de El Paso (Texas)*. México: Novedades.